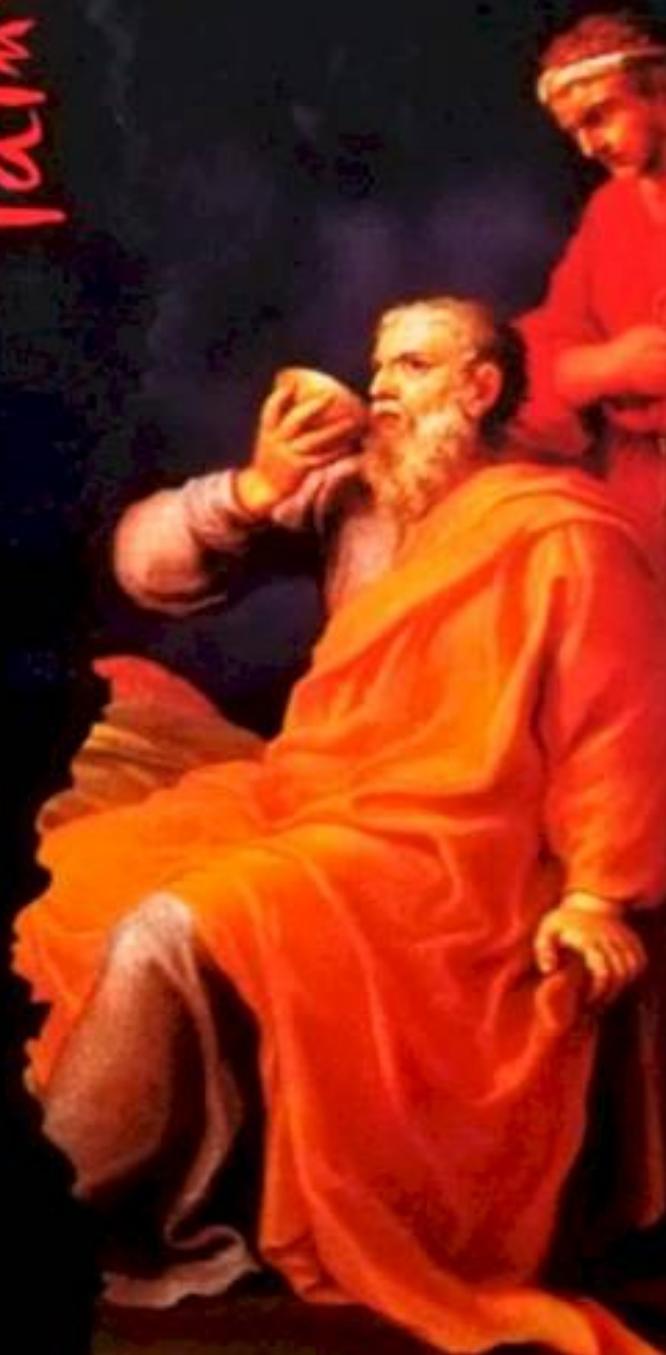


# EL JUICIO FINAL

lain Pears

*Misterio en el  
Mundo del Arte*



La transacción de un mediocre cuadro del siglo XVIII deja un rastro de asesinatos. Jonathan Argyll, el marchante responsable de la operación, no se explica cómo una obra de esas características puede haber supuesto la muerte de dos de sus clientes, uno de ellos con evidentes indicios de tortura. Pero el enigmático lienzo tiene una tenebrosa historia que se remonta a la Segunda Guerra Mundial, y Argyll, con la ayuda de la inspectora italiana Flavia di Stefano, deberá desvelar el secreto si quiere conservar la vida.

# Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Sobre el autor

*A mis padres*

## Capítulo 1

Jonathan Argyll contempló ensimismado la escena de violencia que apareció ante sus ojos al volverse. Sentado en una silla, un individuo agonizaba entre estertores, aunque soportaba el dolor con fortaleza. En el suelo, junto a él, el frasco que se le había caído de la mano; no se necesitaba demasiada inteligencia para comprender que contenía veneno. Tenía la tez muy pálida, y la mano, con el puño apretado, pendía inerte a un lado. A la izquierda había un grupo de espectadores, amigos y admiradores, llorando unos, otros iracundos o meramente sorprendidos ante lo que veían.

Era el rostro, no obstante, lo que atraía la atención. Tenía los ojos abiertos y vidriosos, pero mostraban calma y dignidad. Era el rostro de un mártir que había muerto sabiendo que otros lo llorarían. La muerte no acabaría con su fama, sino que la extendería y completaría.

—Bonito, ¿eh? —dijo una voz a su lado.

—Ah, sí. Mucho.

Entornó los ojos a la manera de los profesionales. La muerte de Sócrates, cabía suponer, acompañado por los discípulos que lo atienden. Inmediatamente después de que el viejo fuese condenado a muerte por corromper a la juventud y bebiese la cicuta. No era mala pieza, en conjunto, pero bien podía resultar cara. Escuela francesa de 1780 aproximadamente, y mucho más cara en París que en cualquier otro sitio. Esta idea, como tan a menudo le sucedía, contribuyó a moderar su entusiasmo. Volvió a examinar el

lienzo para convencerse de que, al fin y al cabo, quizá no fuese tan deseable. Desde luego no se trataba de un artista conocido, se dijo. Necesitaba una limpieza y algún que otro retoque. Pensándolo bien, el tratamiento era además bastante frío y rígido. Por otra parte, recordó que no disponía de mucho dinero en ese momento, y eso acabó de decantar la balanza. No era para él, decidió con alivio.

Sin embargo, lo correcto es dar conversación.

—¿Cuánto pide usted por esto? —preguntó.

—Ya está vendido —replicó el dueño de la galería—. O al menos eso creo. Estoy a punto de enviarlo a un cliente de Roma.

—¿Quién es el autor? —preguntó Argyll con cierta envidia al saber que alguien había logrado vender un cuadro. Él no había conseguido deshacerse de ninguno en meses. Cuando menos, no de manera rentable.

—Lo firma Jean Floret. Ignoro quién era, pero no es lo que se dice una figura de primera línea. Por suerte eso no parece importar a mi cliente. Dios lo bendiga.

El individuo, un colega lejano de Argyll que le había comprado uno o dos dibujos en el pasado, contempló el cuadro con expresión satisfecha. No era un personaje excesivamente agradable; un poco áspero para el gusto de Argyll. La clase de persona con la que, tras un encuentro, hay que revisarse los bolsillos para comprobar que los talonarios y las tarjetas de crédito siguen en su sitio. No es que nunca hubiera hecho nada malo a Argyll, sino que el inglés estaba decidido a tener cuidado en no darle tampoco la oportunidad. Estaba aprendiendo deprisa el negocio del arte. La gente era bastante amigable y servicial, pero en ocasiones resultaba algo patética cuando había dinero por medio.

Estaba en la galería de Jacques Delorme, a mitad de la rue Bonaparte, a pocos centenares de metros del Sena. Una calle ruidosa, atiborrada de aire viciado, en la que se sucedían librerías, tiendas de láminas y marchantes de po-

ca monta; la clase de gente que vende los cuadros más baratos pero suele saber mucho de pintura en general. A diferencia de los acomodados del Faubourg St. Honoré, que venden frivolidades a precios astronómicos a extranjeros crédulos con más dinero que sensatez. Eso hacía de aquéllos una compañía más agradable, aunque el entorno fuera menos elegante. La galería de Delorme era un poco deslustrada y en el exterior los cláxones de los automóviles se dejaban oír desde una distancia alarmantemente próxima a la puerta principal, siendo ésta una de las calles de París donde las aceras eran más una idea que una realidad. Tampoco el tiempo ayudaba a aligerar la atmósfera; el cielo era plomizo y estaba lloviendo más o menos desde la llegada de Argyll a París, hacía dos días. El agua corría con persistencia por las cunetas camino de las alcantarillas. Argyll quería volver a casa, regresar a Roma, donde seguía luciendo el sol incluso a finales de septiembre.

—En el momento más oportuno, se lo aseguro —prosiguió Delorme, sin saber que los pensamientos de Argyll estaban ocupados en desaprobar el clima de Europa septentrional—. El banco empieza a ponerse pesado. Farfulla sobre la cuantía de mis créditos y quieren renegociarlos. Ya sabe cómo es eso. Una vez reciba el dinero de éste, podré mantenerlos a raya un tiempo.

Argyll asintió con la cabeza, con toda la simpatía que consiguió expresar. No tenía galería propia, pero incluso en su empresa de bajos costes, vendiendo a domicilio, era difícil ganarse la vida decentemente. El mercado iba mal. Pero hablar con los colegas era aún peor, pues se las arreglaban para no hablar de otra cosa que de lo difícil que estaba la vida en aquellos momentos.

—Por cierto, ¿quién es ese individuo con dinero? —preguntó—. No querrá alguna pieza de barroco religioso, ¿verdad?

—¿Tiene usted excedentes?

—Un par de ellas.

–Ya. En todo caso, quiere concretamente este cuadro. El único problema es cómo reunir el cuadro y la persona lo bastante pronto para satisfacer a mis acreedores.

–Le deseo suerte. ¿Hace mucho que lo tiene?

–No. No hubiera invertido dinero en algo como esto de no saber que podría venderlo pronto. No estamos en buena época, ya sabe usted...

Argyll lo sabía, desde luego. Él mismo estaba en una situación parecida. Un marchante de arte disciplinado debía comportarse como cualquier otro comerciante. Poco *stock* y mucho movimiento. Sin embargo, el comercio de cuadros no parecía funcionar así. Los cuadros exigían ser comprados, aunque no hubiese cliente a la vista. Por eso Argyll tenía ahora una buena provisión; muchos habían estado expuestos durante meses, pero con escaso éxito.

–Bien, con respecto a esos dibujos... –continuó Delorme.

Entablaron una dura negociación, teniendo en cuenta que el banco de Delorme lo estaba presionando y que Argyll tenía más o menos instrucciones de comprar los dibujos a cualquier precio. Era lo único que le permitía ir tirando en ese momento, su trabajo de agente en Europa de un museo norteamericano. De lo contrario estaría teniendo serios problemas. Meses atrás se había decidido que el museo debía tener una colección de láminas y dibujos, puesto que disponía de una sala para ello y nada que colgar. De modo que cuando Argyll mencionó que por el mercado de París circulaba un portafolio de Bocher, había recibido el encargo de conseguirlo. Y si de paso veía alguna otra cosa...

Y la había visto. Visitó por sorpresa a Delorme, a quien había conocido el año anterior, y el francés mencionó el esbozo de Pontorno. Una rápida llamada a California y el negocio estaría en marcha.

El regateo acabó de forma mutuamente satisfactoria: más de lo que el dibujo habría valido en el mercado, pero

no obstante un precio razonable. Quizá despiadadamente, Argyll explotó el hecho de que Delorme necesitaba dinero: el Museo Moresy pagaba puntualmente. El negocio concluyó con la promesa de abonar precio contra entrega, con una taza de café, un apretón de manos y una mutua sensación de satisfacción. Todo lo que faltaba ahora era un contrato por escrito.

La única dificultad la constituía la tediosa tarea de enviar los dibujos a California. Argyll había conocido lo que era desenvolverse por el laberinto de la burocracia italiana, pero la francesa era aún peor. No le hacía ilusión pasarse el próximo par de días rondando de una oficina a otra procurando que todos los documentos fueran sellados.

De pronto tuvo –tal vez una insinuación de Delorme le proporcionó la idea– una de esas ocurrencias de devastadora sencillez.

–Le diré una cosa –dijo.

–¿Sí? –¿Qué le parece si me llevo su *Muerte de Sócrates* a Roma y se lo entrego a su cliente? A cambio, usted podría hacer los trámites de estos dibujos y enviarlos por mí.

Delorme lo pensó.

–No es mala idea. ¿Cuándo se iría usted?

–Mañana por la mañana. He acabado aquí. Lo único que me retendría es conseguir las licencias de exportación.

El francés asintió mientras volvía a pensárselo.

–¿Por qué no? –dijo al final–. De hecho será más cómodo de lo que usted imagina.

–¿El cuadro necesita también permiso de exportación?

Delorme negó con la cabeza.

–Bueno, técnicamente tal vez. Pero no es más que una formalidad. Yo me ocuparé, no se preocupe. Usted sáque-lo y yo me ocuparé de las autoridades que sea menester.

Por lo visto, el procedimiento era un poco ilegal. Pero no mucho. Al fin y al cabo, no se trataba de llevarse la *Mona Lisa*. El único inconveniente era que Argyll tendría que cargar con el cuadro. Las empresas de transportes exigían multitud de papeles sellados.

—¿Quién es el afortunado comprador? —preguntó Argyll, listo para anotar el nombre, y la dirección en el dorso de un paquete de tabaco. Por alguna razón, él no se sentía parte de la generación del fax.

—Un hombre llamado Arthur Muller —contestó Delorme.

—Bien. Deme la dirección.

Delorme rebuscó en la mesa —era casi tan desorganizado como el propio Argyll—, cogió un trozo de papel y se lo dictó. Era una calle que Argyll no conocía, en la zona norte, el barrio de los ricos. Muy bien, ir haciendo de mensajero de otro desmerecía un poco su dignidad como promotor tratante internacional, pero eso no importaba demasiado. De esa manera se ahorraba un engorro, y eso era lo que contaba. Con la sensación de haber conseguido el éxito en su misión, se dirigió a la calle para almorzar.

A la mañana siguiente estaba sentado en el pomposo bar de la Gare de Lyon, tomando café y aguardando los veinte minutos que faltaban para que partiera su tren rumbo al sur. Su temprana llegada —llevaba ya en la estación una media hora— se debía a dos factores. Uno de ellos, que era congénitamente incapaz de dar a los trenes la menor oportunidad de partir sin él: le gustaba tenerlos a la vista desde mucho antes de la hora de salida, por si se les ocurría jugársela.

El otro, que la Gare de Lyon era, entre todas las estaciones del mundo, su preferida. Ponía un toque mediterráneo a la atmósfera parisina y las vías se perdían en la distancia, dirigiéndose a esos lugares mágicos que él adora-

ba desde mucho antes de haberse aventurado fuera de su isla barrida por el viento para verlos en persona. Lyon, Orange, Marsella, Niza; luego Génova, por las montañas de Toscana a Florencia y Pisa, para atravesar a continuación las llanuras de la Campania hasta Roma, antes de seguir más al sur, hasta Nápoles. Edificios cálidos y soleados, color terracota, y una dulzura pausada e indolente, absolutamente ajena a la de las tierras que bordean el mar del Norte. La estación reflejaba todo ello en su exuberante arquitectura y en el bar, ridículamente pretencioso y por completo adorable, que lo combinaba todo para evocar el paraíso terrenal que había al término de las vías. Era casi suficiente para hacer olvidar al viajero más aguerrido que se hallaba en París y que seguía cayendo la fría lluvia otoñal.

El bar estaba casi vacío, de manera que lo sorprendió conseguir una súbita compañía. Con un educado «¿Me permite?» se sentó a su lado un individuo de treinta y tantos años, muy francés con su impermeable Alpine verde y una chaqueta gris evidentemente cara. Su rostro gálico era veladamente hermoso y sólo marcado por una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda, en parte oculta por los largos cabellos morenos que caían sobre la frente saliente, con el peculiar corte de pelo que suelen adoptar las bien educadas clases medias francesas. Argyll asintió con cortesía, el hombre le devolvió el gesto de la cabeza y, satisfechos los requisitos de la urbanidad, los dos se reclinaron en sus respectivas sillas para ocultarse detrás de sus respectivos periódicos.

—Perdone —dijo el individuo en francés cuando Argyll estaba a media lectura de una deprimente reseña de un partido de críquet celebrado en Australia—. ¿Tiene usted fuego?

Argyll rebuscó en el bolsillo, sacó una caja de cerillas vacía y la miró. Después extrajo el paquete de tabaco y

también lo miró; tampoco tenía cigarrillos. Aquello empezaba a ser grave.

Se condolieron juntos un rato y el inglés reflexionó sobre las espantosas consecuencias de un viaje en tren de miles de kilómetros sin nicotina.

–Si vigila usted mi equipaje –dijo el hombre–, compraré una buena provisión en el andén. Yo también necesito reponer mis existencias.

–Muy amable –dijo Argyll.

–Por cierto, ¿sabe usted qué hora es? –dijo al levantarse.

Argyll consultó el reloj.

–Las diez y cuarto.

–Vaya por Dios –dijo el otro, volviendo a sentarse–. Mi esposa debería reunirse aquí conmigo en cualquier momento. Se inquieta mucho siempre que no me encuentra donde hemos quedado. Me temo que no podré ir.

Argyll reflexionó sobre la situación. Era evidente que si aquel hombre estaba dispuesto a confiarle su equipaje, no habría riesgo en invertir los papeles.

–Iré yo –se ofreció.

–¿De veras? Es muy amable por su parte.

Y con una estimulante sonrisa prometió vigilar fielmente los equipajes hasta el regreso de Argyll. Ejemplos como aquél suelen ocurrir en la confraternidad internacional de los fumadores. Los miembros saben comportarse, tal como ha de ser en una minoría acorralada y perseguida.

Como explicó después Flavia, cuando Argyll no necesitaba ya ninguna explicación, se trata del truco más viejo del mundo. Trabar conversación con un desconocido y ganarse su confianza. En comparación con alguien por naturaleza tan confiado y crédulo como Argyll, un niño habría ofrecido mayor resistencia para defender su caramelo.

Pero aquella gris mañana la fortuna decidió darle una oportunidad. Regresó a tiempo de ver cómo su camarada fumador desaparecía por la puerta del fondo, cargando

debajo del brazo un paquete envuelto en papel marrón del mismo tamaño que *La muerte de Sócrates*.

—¡Oiga! —llamó Argyll—. ¡Eh, usted!

Y echó a correr en su persecución, mientras le pasaban por la cabeza las, esta vez reales, espantosas consecuencias de perder el cuadro. Estaba seguro de que no valía mucho, pero asimismo estaba seguro de que tendría que reembolsar más de lo que su cuenta bancaria soportaría si lo perdía. No fue el valor lo que lo hizo cruzar el bar como una exhalación y luego bajar los escalones de tres en tres, sino sencillamente el terror de ver esfumarse el cuadro. Hay marchantes que están asegurados contra esa clase de riesgos. Pero las compañías de seguros, incluso las más comprensivas, no miran con buenos ojos las reclamaciones sobre robos de cuadros que se han abandonado en bares a cargo de absolutos desconocidos.

Argyll no tenía nada de deportista. Si bien no coordinaba mal, nunca había pensado en serio que valiera la pena pasarse horas trotando en pos de hacerse ampollas. Se las arreglaba en una partida de *croquet*, pero en absoluto era de su gusto el atletismo de competición.

Por esta razón, el veloz placaje que llevó a cabo, corriendo como un demonio y lanzándose a las piernas del francés que escapaba, resultó una proeza sin precedente en su historial personal. Uno de los espectadores del atiborrado vestíbulo de la estación incluso prorrumpió en un aplauso espontáneo —los franceses aprecian muy especialmente la elegancia en el *rugby*— ante la perfecta sincronización con que Argyll voló a baja altura, placó las rodillas del individuo, lo derribó, se dio media vuelta, recuperó el paquete del cuadro antes de que cayera al suelo y se puso en pie, sosteniéndolo victorioso contra el pecho.

El desdichado ladrón ni siquiera se dio cuenta de qué ocurría: la violencia del asalto de Argyll y la dureza del suelo de cemento le cortaron la respiración y, al parecer, le causaron un doloroso daño en la rodilla derecha. Una

fácil presa, si Argyll hubiera tenido la presencia de ánimo para llamar a la policía. Pero él no pensaba en eso, demasiado ocupado en aferrar el cuadro, sobrecogido por el alivio de su éxito y la congoja ante su propia estupidez.

Para cuando se sintió lo suficientemente recuperado, el ladrón había desaparecido cojeando entre la multitud de primera hora de la mañana que atestaba el vestíbulo.

Y, por supuesto, cuando regresó al bar descubrió que algún bribón de manos prestas se había aprovechado de su ausencia para apoderarse de su maleta. Pero ésta sólo contenía ropa sucia, libros y cosas varias. Nada importante, en comparación con el cuadro. Argyll casi se sintió agradecido.

## Capítulo 2

–Todo lo que puedo decir es que has sido muy afortunado –dijo Flavia di Stefano días después, cuando Argyll, hundido en una butaca, acabó de contar su historia.

–Lo sé –dijo él, cansado pero contento de haber vuelto a casa por fin–. Pero aun así tendrías que estar orgullosa de mí. Lo hice de maravilla. No me reconocía a mí mismo.

–Algún día te meterás en problemas más graves.

–Eso también lo sé. Pero ese día aún no ha llegado y de momento es lo único que importa.

Su amiga, ovillada encima del sofá, lo miraba con divertida desaprobación. Dependía de su humor el que Flavia encontrara reconfortante o irritante la ingenuidad de Argyll. Esa noche, dado que había estado cinco días sin verlo y que el incidente no había tenido consecuencias serias, estaba de ánimo indulgente. Había echado de menos no ver a Argyll deambulando por la casa. Llevaban viviendo juntos unos nueve meses y ése había sido el primer viaje de él sin ella. Era algo muy raro. Habían pasado años desde que ella se propusiera ser independiente y no tener que cuidar de nadie que no fuera de sí misma, y sin embargo le había resultado incómodo disponer de total libertad durante la ausencia de Argyll.

–¿Puedo ver el motivo de tu extremo celo atlético? –preguntó Flavia y señaló el paquete.

–No veo por qué no –dijo Argyll, levantándose de la butaca y cogiendo el paquete, que estaba en una esquina